



Capítulo 350 - Contrato aceptado.

"Bien..."

La palabra cayó como una espada ceremonial sobre el silencio.

El contrato negro tembló entre ellos y las líneas doradas comenzaron a brillar más intensamente. Las cartas se formaron con precisión divina, como si un escriba invisible estuviera tallando promesas en piedra viva. Cada golpe fue absoluto. Cada curva, irrevocable.

Virgilio se inclinó para leer.

[{CONTRATO ABSOLUTO DE LA REINA DE LAS BRUJAS}]

~CLÁUSULA ÚNICA - VALIDEZ Y PROPIEDAD DEL BONO:

[La Reina Bruja, Seris D'Arkhan, tomará bajo su supervisión directa el crecimiento potencial y mágico de Alicia, la Bruja Demoníaca. Este seguimiento será continuo, sutil y no interferirá directamente con el libre albedrío de la niña, salvo en casos de riesgo absoluto para la integridad mágica del avión que habita.]

~CONTRAPART - DESEO INCONDICIONAL:

[A cambio, Vergil Lucifer — El Rey Demonio Lucifer — tendrá derecho a un deseo absoluto. Un solo favor de la Reina de las Brujas, que debe cumplirse sin cuestionamientos, sin resistencia y sin demora. Este deseo sólo puede rechazarse si implica la destrucción de la Reina o de su hermandad en su conjunto, el Reino de las Brujas.]





Al final del contrato, la última línea todavía estaba en blanco.

Firma de sangre:

El espacio esperó.

Vergil permaneció en silencio, releyendo cada línea con ojos clínicos. No había trampas. No había trucos lingüísticos. El texto era muy claro, como una cruel profecía.

Miró a Seris.

"Escribiste exactamente lo que prometiste", dijo. "Sin lujos. "Sin trampas."

Seris simplemente asintió, con la voz en silencio, pero sus ojos brillaban con la anticipación de un niño entregando una caja de Pandora, esperando que alguien —finalmente— la abriera.

Luego, Virgilio se mordió el pulgar. Una gota de sangre púrpura brillaba, como mercurio teñido de cosmos.

Presionó su dedo sobre el pergamino.

La firma parecía una explosión de luz púrpura, fusionándose con el oro de las cláusulas. El contrato tembló una última vez... y se selló.

El pergamino se enrolló solo, sellado por una cinta hecha de niebla y fuego azul. Luego desapareció —como si nunca hubiera estado allí.





Silencio.

Vergil se reclinó nuevamente en su silla. Había una sombra en sus ojos, pero también... una chispa de cruel satisfacción.

"Ahora es oficial."

Seris respiró profundamente. No por alivio — sino por placer. Un placer refinado y ritualista, como si alguien finalmente escuchara el acorde final de una ópera escrita hace siglos.

"Maravilloso." Ella se levantó, girando como si celebrara con el viento. "Oh, Virgilio... no sabes el regalo que me acabas de dar."

"No. Pero tampoco sabes lo que me acabas de prometer." Su voz era baja. Y ahora, peligroso.



Seris se detuvo. La sonrisa no desapareció, pero dio paso a esa vieja seriedad que mostró cuando cayeron las cortinas de la excentricidad y el escenario reveló el verdadero poder detrás del teatro.

"Cuando quieras recoger tu deseo... ¿sabrás cómo encontrarme?"

Virgilio se puso de pie, con las manos en los bolsillos. La miró como si observara una bomba encantada—hermosa, inestable e inevitable.

"No te preocupes. Sabré exactamente cuándo usarlo."



Empezó a darse la vuelta, pero se detuvo.

"Oh... ¿y Seris?" Ella levantó una ceja.

"Si cruzas la línea con Alice... no habrá contrato, ni reino, ni velo de caos que te salve. Ella es mi estrella. No la conviertas en tu vela."

Seris sonrió levemente. Eso no era una amenaza. Fue una declaración de guerra, barnizada en poesía.

"Entendido, querido mío." Ella hizo una reverencia lentamente. "Pero sabes... a veces se necesita una bruja para enseñarle a una estrella a explotar sin salir"

Virgilio desapareció en un abrir y cerrar de ojos, dejando sólo el olor del poder arcano en el aire.

Y Seris se quedó allí, sola, mirando el cielo cambiante, con el mismo brillo en sus ojos que alguien que acaba de comenzar algo que ni siquiera los dioses pueden detener.

La luz en la mansión cambió de repente.

Una grieta de color púrpura atravesó la alfombra persa, como si el aire mismo estuviera siendo arrancado desde dentro. Luego, con un crujido sordo y una explosión de energía contenida, Virgilio reapareció en el centro de la sala.

Su presencia era como una corriente invisible que corría por cada habitación. Poder restringido. Determinación esculpida. Y algo más... algo que incluso los muros encantados parecían percibir: una decisión había sido sellada.





Katharina fue la primera en sentirlo. El libro que flotaba frente a ella cayó al suelo sin previo aviso. Se giró como un rayo, con los ojos muy abiertos. "¡Vergil!"

Apareció Zafiro, con su vestido arrastrándose como sombras. Ella no dijo nada—simplemente corrió con una elegancia que parecía contradecir su velocidad.

Ada apareció poco después, jadeante, con Roxenne muy cerca, con el pelo suelto y las uñas ya medio transformadas, como si estuviera lista para luchar incluso antes de entender contra quién.

"¡Vergil!" Ada lo llamó con una mezcla de alivio y angustia. "¿Estás bien?!"

Vergil apenas tuvo tiempo de responder.

Los cuatro lo rodeaban — como lunas gravitacionales atraídas por un sol que amenazaba con apagarse. Cada uno de sus ojos reflejaba un sentimiento diferente: preocupación, miedo, sospecha y.... amor.

Pero antes de que alguno de ellos pudiera decir otra palabra... Alice apareció en lo alto de las escaleras.

Pequeño. Descalzo. Con el pelo desordenado, como si hubiera dormido y despertado ante la ausencia de un mundo entero. Bajó las escaleras en silencio y cuando sus pies tocaron la canica, corrió.

"... ¡Papá!





Ella no sabía si podría llamarlo así, todavía no. Pero en el shock y el anhelo de su desaparición, lo dejó escapar. Y ella abrazó sus piernas con fuerza, apretándolas como si tuviera miedo de que desapareciera nuevamente.

Vergil no respondió de inmediato.

Simplemente se inclinó, rodeó con sus brazos los frágiles hombros de la niña — y, por primera vez esa noche, su mirada se suavizó.

-Estoy aquí, pequeña estrella. "No me fui para siempre." Su voz era baja y controlada. Pero cierto.

Zafiro se acercó, con los ojos agudos. - ¿Dónde has estado? Salem, bueno, no importa... ¿Qué hizo ella?"

Roxenne gruñó suavemente, como si sintiera algo más. "¡SÍ, ¿QUÉ HIZO ESA PERRA?!"



Virgilio se levantó lentamente, manteniendo a Alicia a su lado.

"Firmé un contrato."

El silencio era absoluto.

Katharina frunció el ceño y dio medio paso atrás. "Con... ¿con quién?"

Vergil respiró profundamente. Sus ojos morados ardían como brasas bajo la superficie tranquila.



- ¿Quién te crees? Seris D'Arkhan."

El nombre sonaba como un hechizo prohibido. Zafiro apretó los dedos como si resistiera el impulso de evocar algo instintivamente. Ada se puso pálida.

"Tú... ¿le diste a Alice?" Ada susurró con la voz quebrada.

"No." Virgilio miró directamente a cada uno de sus ojos. "Pero le permití observar. Para guiar. Inspirar. A cambio... Gané algo que no pude conseguir con mil espadas o cien ejércitos."

Miró a Alice, quien lo miró con una mezcla de admiración y duda.

"Me gané un deseo. Uno que ni siquiera la Reina Bruja puede rechazar. Y cuando llegue el momento... Lo usaré muy bien..."

Antes de que Virgilio pudiera continuar... "Vas a pedirle que sea tuya, ¿no?" Sepphirothy apareció a su lado.

"Bueno..." Virgilio tartamudeó, la mirada de su madre era muy... poderosa...

"Ah..." Zafiro suspiró... "Ya he visto que esto pasa antes... él realmente va a codiciar a la Reina de las Brujas..." suspiró... Después de todo... ella misma había caído en la trampa...

"Mierda." Katharina, Ada y Roxanne dijeron al mismo tiempo...

- ¿Hm? ¿Tengo un maestro ahora?" Alicia dijo...

